



POEMAS ETÍLICOS PARA CORAZONES SOBRIOS

Jairo Alberto Merlo Pinzón
Manuel Andrés Hernández Forero



Primera edición, Julio 2023

Rector

Ricardo Alonso Pulido Aguilar, Pbro.

Vicerrector Académico

Hugo Orlando Martínez Aldana, Pbro.

Vicerrector Administrativo y Financiero

Carlos Iván Martínez Urrea, Pbro.

Vicerrector de Pastoral y Bienestar

Marcos Alexander Quintero Rivera, Pbro.

Director de Investigación

Hugo Orlando Martínez Aldana, Pbro.

Director Editorial

Felipe Sandoval Correa

Diseño y diagramación

Juan Sebastián Suarez Delgado
Jeferson Camilo Hernández Galeano

Editorial Fundación Universitaria Monserrate

ISBN: 978-958-8486-56-7



Licencia Pública Internacional – CC BY-NC-SA 4.0
Creative Commons Atribución/Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 4.0



Lo esencial de la embriaguez
es el sentimiento de fuerza y de plenitud.
Bajo esta influencia nos abandonamos a las cosas
y las obligamos a tomar algo de nosotros mismos.
F. NIETZSCHE (1889) *El crepúsculo de los ídolos*

Prólogo: borrachera de existencia

Juan Cepeda H.*

Aproximarse a un poema tiene su ritual, aunque haya quienes lo quieran negar. No se abre el corazón al azar, como cuando un pensamiento cualquiera pasa por la mente; no. Cada verso emerge con un sentido tan propio que en él se juega su existencia, como cada ser humano, como cada persona. Solamente así puede, luego, hacerse polisémico, enriquecer aquel sentido originario del que pende su identidad. Y por eso se hace poesía. ¿Qué es si no, la poesía: sentido existencial, radicalmente enraizado en lo que es? De esto dan cuenta los grandes filósofos, desde Parménides hasta Heidegger, incluyendo por supuesto tanto a Heráclito —en la llamada filosofía eurocéntrica— como a Rodolfo Kusch —en la llamada filosofía latinoamericana—. Este último se aproxima a la América profunda, en la que ya siglos antes habían “verdadeado” en flor y canto nuestros indígenas precolombinos.

Dios, dioses y palabras. Pasenro: pasado - presente - futuro, el tiempo en la eternidad, y la memoria de lo acontecido en la “historia”, cuyo testimonio guarda el corazón de la piedra, como chispa de fuego que el Espíritu mantiene incesantemente como prueba del amor de Dios. El tiempo que fue, es y será, está-siendo; y se marca cada instante en el reloj del universo mundo como semilla del Silencio: hay que estarse atento, hay que hacerse monje, hasta aprender a comprender el lenguaje de la lluvia que nos recuerda el Sol, cuyo mensaje nos convoca a ser pastores de la vida, hermanándonos de la muerte (como ya nos lo señaló Francisco de Asís). Como dicen los poetas: “No hay mejor palabra dicha que la que se da en el silencio de las voces” porque, evidentemente, ninguna voz sobra cuando su idioma es el Silencio. De ahí que nos duela no escucharnos, no sabernos escuchar, no aprender a escuchar la voz que nos grita —en Silencio, en la mirada, o en la sangre derramada— todo el dolor del fratricidio: es abominable la indiferencia con nuestros hermanos, por lo que esta herida en el alma no se ha curado... *¿Dónde está tu hermano?*; si la vida de mi hermano no vale tanto como la mía, de nada sirve la poesía. La existencia no puede reducirse a *orbis terrarum*.

Sueños y tránsitos. La grieta en el muro revela al ser que brota en la flor desde su herida. ¡Esa herida!, es la herida que refleja la luz invocada una y otra y otra vez en medio de la oscuridad de este mundo de falsas ilusiones donde nuestro caminar siempre se unta de barro hasta tocar fondo. Es decir, hasta no tocar nada, hasta tocarnos con la nada y quedar al borde del precipicio, donde silban los esclavos encadenados a sus propias sombras, huyendo de la luz que podría conducirlos a un nuevo nacimiento. En verdad... porque también hay un poeta que se alimenta del espíritu, se nutre de la vida, y da a luz un poema que enriquece la vida emborrachándonos de existencia. Ese poeta es cirineo no de cualquier cruz, sino —precisamente— de mi cruz; curador, no de obras de arte, sino de mi existencia, colaborándome hasta llegar al Libro donde se escribirá mi nombre; entonces (sólo entonces) podré partir sin remordimiento alguno, aún a pesar de llevar mis heces en el vientre. ¡A veces somos tan humanos que dejamos de ser niños! A veces somos tan humanos que ya no hay canicas. Pero la flor es, y florece desde la grieta que sobre el muro nos permite una luz de esperanza.

* Juan Cepeda H. es Licenciado en Filosofía y Letras, Magíster en Filosofía Latinoamericana y Doctor en Filosofía de la Universidad Santo Tomás, y poeta por naturaleza.

Recuerdos y compañías. Por besar los labios de la niña, el poeta se hizo maldición; al besar los labios de la niña, el poeta se hizo salvación. ¿Alguien podrá comprenderlo? El alma de la historia no encuentra ni el minuto ni la hora de la salvación, porque ésta sólo está en el beso, en aquel beso sin fecha (¿podría recordarse un 25 de diciembre, un 14 de junio, o un 16 de marzo!), cuando la húmeda nariz husmea el alma y te quedas ahí, junto a mí, en esa sonrisa tuya que no me permite ir al pasado ni al futuro... ¡cómo se desgarran el presente!, sobre todo cuando se develan tus mentiras: cuna de tu alma, cobija de tus huesos. Suspiro, lágrima y color: quedó sentenciado este recuerdo en la eternidad, ¡qué más da!

Olvidos y soledades. No, por favor, no olvides que hay un poemario entre tus manos. Es preferible la soledad al olvido, y al atardecer, antes de la penumbra, a media luz, sin despedida alguna, aún antes de partir (¿alguien se va?), un trago de poesía vale la pena. Ya sabes: cada poema espera su hora, como el agua que va al cántaro, como el beso que derramó el vaso, aunque nos lacere el alma

la verdad es

aquí a oscuras

y allá afuera

en tanto se destila la uva

y se escucha —en el Silencio— el eco de los besos

mientras queda clavada una espina

en el corazón del poeta. No se te olvide, no, por favor, que hay un poemario entre tus manos, y que cada poema tiene su hora. No basta leer, hay que saborear, permitirse el tránsito hermenéutico que enriquece la existencia en su sentido más propio. Nadie repite un poema... eso sería muy pobre. Déjate tocar, déjate traslucir, déjate palpitar, húndete en el Silencio: embriégate de verdad, anonádate en la verdad, simplemente, así, sin más, porque solamente la verdad te hará libre, y sé que sueñas con libertad, libertad de ser. ¡Embriégate de existencia!

Campana, La Guajira, 1 de mayo de 2023



Dios, dioses y palabras

Anamnesis

“Nunca el pasado volverá azul un cielo gris”,
decía el semita en la poderosa Babel
donde Dios enmudeció al pueblo al que le regaló el idioma.

Tampoco las rosas volverán a su semilla
cuando sus pétalos se marchitan.
El pasado solo existe en la memoria inconsciente del presente
y parece fluctuar en su rito a modo de espejismo
a la sombra de vestigios crepitantes,
anunciando el advenimiento de lo que fue y no se podrá cambiar.

Culpa o regocijo trae la cicatriz que dejan las agujas del reloj.
Tic tac tic tac.
Estoy y no estoy, dice:

Yo, que llevo en el rumbo del tiempo las raíces del mundo,
la inagotable luz de los astros
he quedado mudo.

Geología

Presión y tiempo.

Toda roca preciosa goza de sinergias
y cómputo de tiempo,
pero se han de fracturar
con el avance de la historia.

Toda montaña pequeña, mediana y grande disimula
con su reverdecer o su escapamiento
el drama de los choques.

La historia solo ha convencido
a quienes se escapan de ella;
no hay destino grabado en una pared.

La historia de los hombres engaña por doquier.

La piedra, ella sí, ella sabe.

La historia se sostiene en la piedra de la nada.

Muere el hombre, muere su cómputo
y la piedra sigue allí
callada en denuncia de testigo.

La piedra no resucita en tres días.

Fue

¿Quién te llamó utopía, cariño mío?
Hoy te lloro como triste canción.
Las golondrinas no llaman, no vuelan,
¡me han de decir adiós!
El calendario desfasó su medida,
ahora eres inmortal en mi alma.
Creciste en mi ilusión y rebasaste mis expectativas.
¡El cordón se ha cortado!
¿Será Dios? ¿Será el Diablo?
¿Será la humanidad?
Días rojos, días negros.
Aquí siempre fuiste y serás.
¿Quién lo ha de amarrar?

Reloj

Pasa efímero e infinito el bastón inquieto de tres hermanos
anunciando con su movimiento el resultado de una aritmética.
A unos perturba y a otros controla y se engaña él mismo en su mecánica.

¡Tiempo soy!, dice el desalmado que olvida el complot que lo creó.
Ya no lo miro, ya no quiero mirarlo.
Cronos queda vencido ante el hijo menor del divino Zeus.
Tú, y solo tú, irrumpes, eterna y veloz, el instante en que te beso.
Celoso, el reloj
espera su turno.

A la sombra de mi almohada

Blandamente regreso al silencio, a la vigilante campana insomne
del aire en la tarde donde el ángel de diamante reclama la luz lacerante de mi memoria.
En tierra de gnomos y hadas los recuerdos se escurren por aldeas de anhelo y esperanza.
Y juegan en el manantial de agitadas pulsaciones a la sombra de una roca de plumas
que me transporta onírico por el orbe.
Este sopor de tono de rosas, de habitantes del viento
inapresables como la lluvia.
Pájaros de filosos picos quiebran la semilla
que germina la patria de mis sueños.

Cuando el sol nos recuerde esta lluvia

Como fuego tragado por el mar, como arena convertida en barro,
soy solo sombra de tinta en este poema de noche sin color.
Perfilado al rostro de Orión, mis ojos solo tienen susurros de niñez,
veo ángeles canos habitantes olvidados en el corazón de un baúl de clavos y melancolías.
Extiendo la mano en la nostalgia sobre la piel de la gota,
y seco su ausente soledad con el llanto prisionero de la luz que ahuyenta tus silencios.
Habrá de caer el equipaje del mañana lleno de márgenes y palabras,
y volverán a empapar la memoria de nuestros pasos, cuando el sol nos recuerde esta lluvia.
Tu rumbo proyectado al canto del viento se fugó en la aurora de los sueños
con un beso en la frente, las estrellas te enredaron cerrando la puerta del sol.

Perséfone

Hermana de Asís que a todo y a todos llegas con tu agridulce hoz inmortal.
Todo vale más ante tu presencia y le das significado al hálito.
Con trémulos pasos te asomas a la ventana de los otros hasta tocar mi puerta.
Ser invisible que me acompaña tocándome los hombros, como lazarillo en esta vida ciega.
Todos creen saber de ti y dan al misterio verbos inútiles.
Las voces silenciadas de plomo dan verdad a cualquier filosofía.
Hermana mía, que te llevas todo lo querido para que te acompañe en el violeta infinito.
Uno a uno hasta buscar el mortal jaque del tablero en el intento efímero
por ganar lo que ya hemos perdido.
Coz de mi alma en el laberinto terrenal de la imaginación.
Probablemente ya estoy contigo, y aún no me arropas.

El cura

Le das vida a un Cristo crucificado, destruyendo el amito
de la conciencia en la silueta del deseo.
El pesado yugo del silencio y la soledad, de la esperanza y la fe por la vía dolorosa
es cargado con intermitencia de amor.
Más humano que santo. Más demonio que ángel navegas en
la barca del Salvador que duerme.
Todos confunden al cirineo con el Cristo Doliente y el viacrucis es de domingo a domingo.
Tienes más fama de mago que de pastor.
Padre sin hijos de sangre, sin autoridad y sin esposa más que aquella que se dice iglesia.
Se te va la vida más en desiertos de Mefistófeles que en oasis del paraíso. El Cantar de los
Cantares es para ti las trompetas que anuncian el juicio final. Deseoso de la nada y privado de
todo caminas al lado de quien no te prometió éxitos.
Al final, en la vida de muchos y en el olvido de todos, queda la esperanza de las infinitas
jaculatorias al encuentro del Salvador.

Son-ethos

Como ritmo indeleble y como pista original, resuena el Otro en mí.

Para este ser que soy yo, el Otro canta en mi vacío.

Completa el coro de mi canción de una forma inexplicable.

¡Ninguna voz sobra!

El Otro como ritmo indeleble, como pista original, antecede a mis notas.

¡No me mates!

Escrito está en el pentagrama de su rostro:

¡No me mates!

¡Dame vida!

Canta a labios cerrados.

El Otro, siempre el Otro, replica en multiformes coros de la bondad o la maldad de mis estrofas.

Soy irónicamente también su música, como ritmo indeleble, como pista original.

Del silencio de las voces

Escudo para ir al fondo de algo que se reproduce cada vez más profano y blasfemo.

Erupciones de dolores, de alegrías, de cosas estériles, cascada que moja pero no empapa,

finitud de la ilusión primitiva que se duerme cuando

se abren los ojos y se ensancha la boca.

Ejercita mejor ese músculo que te reproduce, y si has de gritar,

que sean gritos ensordecedores y no balbuceos sin fuerza.

No hay mejor palabra dicha que la que se da en el silencio de las voces.

Patria

Todos tan diferentes y a la vez arrojados en lo común de la Patria:
un espacio no planeado se convierte en un extraño "nosotros"
que se invoca en una cultura, en un himno y en un territorio.
Languidece el pobre buscando pan y la tierra invoca justicia en el dolor de los otros
que se vuelve propio.
La sangre son nuestros ríos donde navega el llanto y el deseo de un mejor puerto;
la esperanza grita su imagen entre el estallar del plomo ensordecedor y
las viudas se casan con la alegría de un "ya no más".
Duele esta Patria en la indiferencia de sus hijos y se consuela
con tenues caricias de bondad, cuando se le permite a la herida cicatrizar.
Pertenezco a la tierra del café y de las orquídeas
que gimen libertad y que gritan Patria.

Santander

En la falda de los Andes
flores y aromas tribales se entretajieron con el jardín ibérico
y la sabia se tornó lucha comunera.
Y el antejardín de la esperanza es memoria en cada pueblo
que renueva otoños en primaveras con danzas y cantos de cuerda
que conmemora al alma pasajera en el misterio de la pertenencia.

A la pérdida de un libro

Las líneas impresas en hojas de mantequilla,
por mis manos se resbalaron cuando alguien te pidió prestado,
y esperando que volvieras, la imagen de tu carátula se tornó vaga.
¿Quién ha de leerte ahora?
¿A quién le calmarás el insomnio, si tus doradas páginas ya no las ven mis ojos?

Insultar

Palabra y pensamiento fluyen en la torpeza del caudal bravío.
Regándose en el afrentoso que se desahoga.
Entre términos el hombre involuciona y las cosas dejan de ser ellas.
¡Descabelladas comparaciones!
Las perras adoptan niños, los burros van a la escuela, las mariquitas se convierten en hombres...
Y las palabras se estiran hasta campanear el resentimiento.
No hay santo silencio que valga para el alma herida.

Dios el ajedrecista

El tema no es que haya destino,
sino que Dios sabe jugar.
Claro oscuro el tablero de la vida avanza el hombre con sus fichas:
arrastra peones, mueve caballos, traza alfiles, instala torres al lado del amor por la dama
y la lealtad a su rey.
La amenaza de mis jaques solo es ilusión frente al Gran Maestro
que con habilidad invisible domina la partida
y lanza lapidariamente un jaque mate.

Saturno

Yo mando sobre la vida y la muerte:
no hay límites, soy el límite.
Yo mando sobre voluntades débiles y sumisas a mis deseos caprichosos.
La fuerza es mi ley y el miedo mi práctica.
¡Los cuerpos se doblagan bajo mi látigo!
Y castigo las cabezas erguidas y las miradas directas.
En la piel yerta escribo líneas de horror.
No hay un otro fuera de mí: soy Saturno devorando a mis hijos.

Cuerpo de montaña

En las alturas, mis canas rascan el cielo.
Que ruede mi sudor por mi agrietada piel es lo que quiero.

Respiro de los hombres la profunda hiel
y exhalo de mi pecho la promesa fiel.
Pocos saben que por dentro —azules ríos y rojo fuego—
sístole y diástole son desgracia y juego.

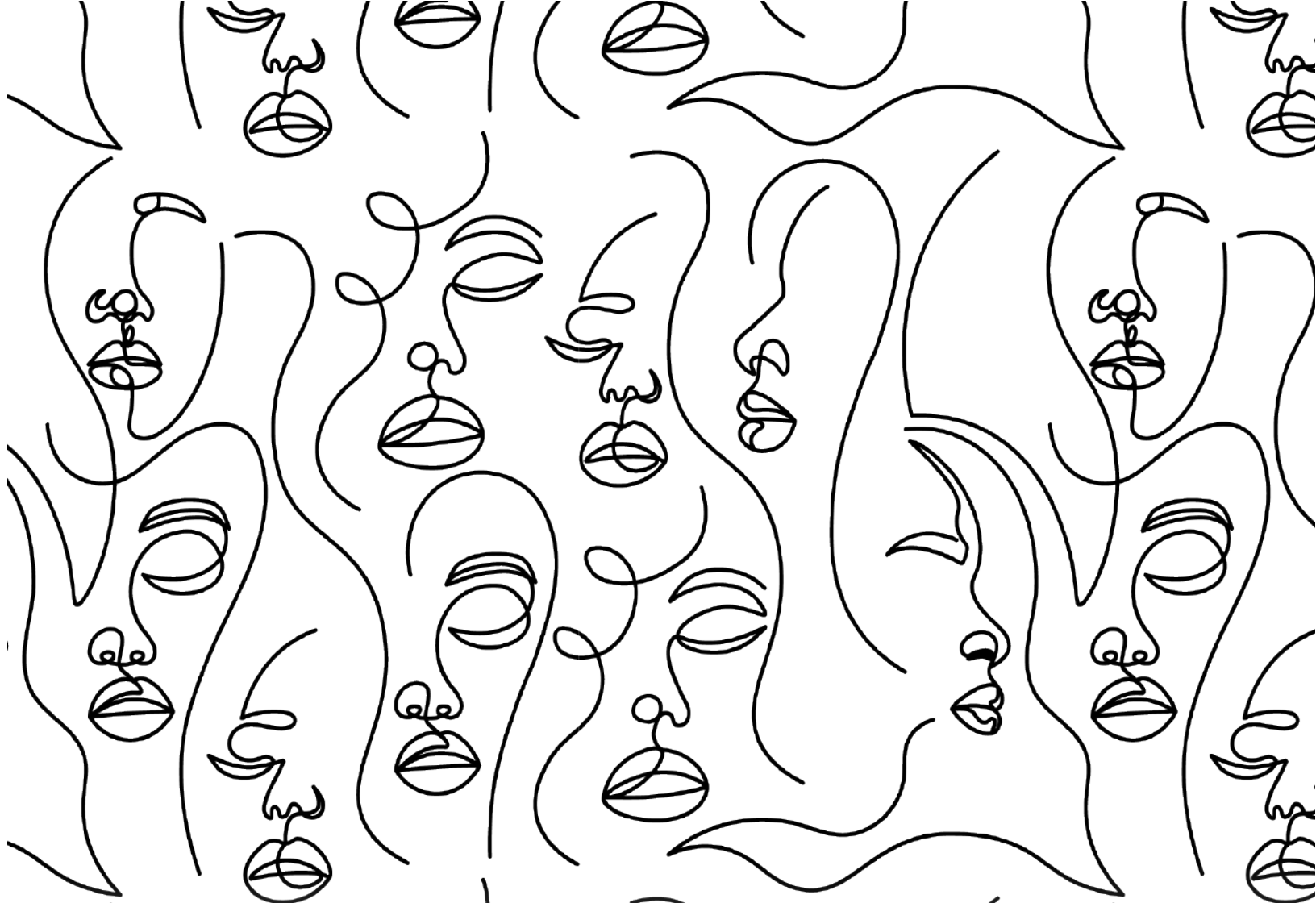
No escala cualquiera mi cintura
ni penetra mis cavernas el que no conoce su miniatura.
Los valles de mis piernas dan descanso al peregrino
y coquetea la temperatura con el ánimo festivo.

Me gusta descansar mis pies en el mar
y levantarme a veces a volver a andar.
Vive en mí la memoria de los grandes golpes
y la reverencia por el que respeta hecha honores.
Soy de los vivientes la montaña,
Madre monte sin la que no hay un mañana.

Mundo

¡Orbis terrarum!

Esfera de todos los sueños y de
color zafiro resplandeciente, que danzas en
el salón estrellado con giros de eternos compases.
Sombra y luz engalanan tus días dando gracia a todo lo
puebla tu corteza terrestre. Rizomático misterio descansa
hasta tus profundidades y tan sólo te revelas con candentes
fuegos creadores. La vida que formaste te ama y te ataca al
mismo tiempo que desconoce que tu muerte es a la vez
todas las muertes. Rueda y rueda esta suerte ante el
insensato hombre inconsciente que cree él que
es el único existente. ¡Pase esta vida
inteligente y gire tu belleza
por siempre!



Sueños y tránsitos

Invoco una luz

En la página del mundo busco el aceite de una lumbre
que traspase los poros insuflando fuego con su blancura.

El sol me ha mentido de nuevo
y estoy tan solo como la lluvia que cae en mi rostro.

Tengo cansadas las pestañas del tiempo
y una locura de mil pétalos en el miedo de su rosa.

Busco una luz que ilumine mi sangre.
Una luz que haga sombra en la carne de mis párpados.

Qué agotados tengo los ojos y la memoria.
Tengo cansada la espalda y mi pasado es una noche de voz soñada.
Busco una luz que se haga lámpara en mi camino de cristales quebrados.

El deslumbramiento del pez

Breves peces que, en su deslumbramiento, discurren fluidamente por el paraíso
del mar de la existencia.

En sus dolorosos vientres llevan la escoria de lo humano:
“el alma étlica”.

Qué translúcida de perplejidad desangra la ola
en burbujas fracturadas por sueños adustos,
reflejados en las grietas de una pared.

Me parece ver el acuario con las arrugas del color,
en una vertebrada memoria, en flotada dureza,
en un mar que me niego a navegar

Bajo el devorador espíritu heredado del pescador.
No soy red, no soy pez, no soy pescador.

El no vivir

En la piel usada por vivir todo espacio es una celda, unos pasos, un sitio, una lágrima.
En las manos usadas para vivir ya no palpo el árbol ni el gris hormiguelo,
ni los otros días ni las siguientes noches.
En los pies que andan esta vida, el caminar se unta de barro para sobrevivir.
Y los calambres del alma se sienten en los talones.
En el paladar usado para vivir ya no siento el azúcar ni el sabor de una carcajada.
Ni la sal ni la saliva y el agridulce del beso no encuentra sus papilas.
En la mirada ciega de vivir hay albas sentidas y ocasos llenos de espanto,
Pasajeros invisibles se despiden entre sombras y adoquines.
En esta vida usada para no vivir he perdido la magia.
Dichosa gime la oscuridad inmutable.
He palpado la nada.

Vigilia

Comienzas muy temprano o muy tarde y te inquietas con hacer.
Las energías se desgastan en múltiples itinerarios intermitentes
como rehuyendo del descanso eterno.

Eres la mitad del ensoñamiento de la vida.
Y te afirmas como la realidad verdadera.
No toleras lo inconsciente y el caos.
El cosmos tiende su mano para sentarte en un trono privilegiado.
Pero el poeta te mira y, con ojos abiertos,
como revuelta organizada, reclama tu corona.
Te reta en tu propio juego.

Las víctimas

Encarnación del dolor y lo injusto,
excusa de lo moral y lo inmoral de una herida expuesta a la sal.
Recorren sobre las mejillas caudales de dignidad fragmentada.
Se iza el sufrimiento al que alardea bondad.
Tu salvador verdugo con tu tristeza dice respirar.
No hay ley justa que no salga de la militancia de tu dolor
ni lágrima que no te rompa el corazón.
Verdad reclaman los hechos para el duelo final
Ni la ciencia ni la fe te lo dirá.
Solo la compasión del victimario y la voz enmudecida pistas darán.

Aviso inoportuno

¡Silencio, gente muriendo!
Y me fui silbando...
mi propia muerte.

Cuerpo

Más allá de la cárcel del alma o la tumba del mismo,
soy un cuerpo. El binario consagra a juicio mi carne expuesta y desnuda.
Mas soy un cuerpo. Extensión de piel en donde antiguos meteoritos
dejaron sus cráteres como testimonio de antaño.
Esta carne arrojada a fieras disciplinadas del oficio —*panem et circum*—
es destrozada, roída hasta los huesos por felinos burlones.
En la arena del espectáculo, teatro virtual de una tragedia anunciada.
Y aún en la desmesura de carroña sigo siendo un cuerpo al que no poseen,
un templo que resucita a pesar de sus llagas.

Decepción del pasado

El ángel de la historia ha llegado a posarse en mi barco para recordar mi humanidad,
con olor azul y a sal.
Por el recorrido de los siete mares, tifones y vientos huracanados
juegan a arrebatar mi mástil y mi timón,
Y me aferro al ancla de la suerte
Pero ese ángel undívago me hace naufragar, alza las velas.
Pleamares, este mar no es lo que pensé.

Cuatro laureles

Como botones en la solapa cosidos por un mismo sastre
cuatro laureles llevo en mi alma coronando alegrías y tristezas.
De todo lo que un hombre puede tener y no tiene
la corona de laureles lo sostiene.
Dos grandes, dos pequeños necesarios entre sí
me hacen lucir el traje que llevo.
En contingentes banquetes y funerales que rodean mi existencia
perenne llevo conmigo los botones cosidos por un mismo sastre.

Humo

¡Ufffs! Comienzo a robarte el alma y un velo se posa en mis ojos,
y el placer se extiende desde la boca hasta los pulmones constreñidos,
reptando hasta salir en forma de idea.
Beso a beso. ¡Ufffs! Se apacigua mi interior con el consuelo intermitente del punto carmesí.
Fantasmas se manifiestan invadiendo lugares y descubren que estuve aquí esperándote.
Me acompaña en la vigilia y la duermevela,
siempre en un bolsillo o en otro mis dedos repasan inquietos la forma del cuerpo.
Somos esclavos en las cadenas de la combustión.

Ya no duele

El artesano del tiempo comenzó su labor, engranando el mecanismo del olvido,
sutil pero contundente...

Grano a grano ha cultivado el no dolor, en un péndulo de oscilación.

Agujas que se pinchan en un recuerdo acumulan átomos de la estrella más lejana.

Ganímedes está más cerca de ti que mis suspiros al recordarte.

Ya no duelen ni los recuerdos ni el paso del tiempo,

Ya no duele la piel que alguna vez acaricié y tus besos perdieron el sabor en mi boca.

Toda estrella anuncia que ya está muerta y observamos en el firmamento el panteón eterno:

ya no me ciega tu luz al mirar al cielo.

Vertical

Vivir

un solo

día

vertical

y melodioso,

sin la agonía

del futuro

tedioso.

Lleno de amor

y brisa

en la sangre

de la sonrisa

está mi corazón

tendencioso.

Periplo

Con Rocinante de dos ruedas por la mayúscula América,
Me adentré en valles y montañas no sé si en búsqueda de mí mismo o del Otro.
Cada paisaje con su viento en contra me recordaba la brisa de mi origen.
El turista se convirtió en peregrino tras la conquista de cada etapa y la ruta se convirtió en plegaria.
Un día aquí, un día allá, siempre más lejos y el pensamiento más cerca.
Todos los climas, todas las tierras, todas las gentes
me enseñaron lo efímero de las fronteras humanas de esta Mancha, de la cual sí me quiero
acordar, se convirtió en mi locura y en mi viaje.
Cada molino enemigo al que torpemente vencía era animado por un Sancho más optimista que
inteligente.
¿Quijote o comandante?
La travesía por las venas una vez abiertas hizo del instante un periplo
que va del nacimiento a la muerte.

Aves blancas

Rompiste mi paz cuando te vi pasar por el quicio de esa puerta gris y reíste en desbandada de
aves blancas; y fue justo allí, en esa escena del crimen, donde falleció mi voluntad.
Como rosa telúrica y serena deshojaste color y hechicería en mis manos tibias sobre tu cuerpo.
Ahora que no estás te encarnas en piernas y besos ajenos y marchitos.
Todavía más cruelmente quiebras mi paz y mi pensamiento vuela hasta el lugar donde la desban-
dada de aves blancas anidó.

Aposento

Aquí el silencio canta, rueda el mundo al vacío, el hondo misterio a la orilla del tiempo.
Nomenclatura de gigantes colores que se torna grisácea al crujir de las bisagras que sostienen
mi escudo de madera, cuando un ser invisible se asoma por las rendijas de la luz y los terribles
semáforos siembran, en el dios que estaba vivo, la semilla de los ojos ciegos.
La silla sin espaldar trata de sostener los harapos del herido. La fragancia del niño que se raspa
las rodillas tratando de vencer al mundo con sus canicas.

Un libro sobresale de los demás como tratando de huir del aposento.

El silencio nuevamente canta, llegas muerte indecisa desde los tratados filosóficos hasta el cruci-
fijo corroído por el moho, y el viento se atreve a silbar para que el peón dance con la reina.

Esa danza se inclina a favor del que se sumerge en el misterio.

El poeta a la orilla de la silla vigila humeante el descubrir de su propio aposento, se alimenta de
fantasmas y vomita poemas.

A mis espaldas

No le creía al rubor de mis orejas hasta cuando la lealtad cambió de rumbo.
Desnudaste mis secretos y no bastaron hojas para tapar la intimidad de mis palabras en el paraí-
so de lo que fue una amistad. Pensé que eras el Cireneo y fuiste el Judas, entonces comprendí
que la traición tiene orígenes bíblicos por eso estás en tú lugar: estás a mis espaldas.

Hoy me levanté y quise ser otro

Como el gran Alejandro Magno llevando la vista al sol del indomable bucéfalo, hoy me levanté queriendo ser otro; no el soñador Ulises de regreso a Ítaca, ni el gran Quijote, ni el Arameo errante.

Quise lavarme la cara sin ver mi reflejo, perfumarme para enamorar a cualquier dama que me mirase, lustrar mis botines para disimular el arduo andar, beber el trago más barato, emborracharme y llorar.

Me levanté del lado derecho de la cama, esa cama llena de sombras de amores improvisados e inconclusos, la tendí para dejar aquellas sombras enterradas.

Tomé un largo baño, el agua por el sifón se llevaba la suciedad de mi piel, mientras mis lágrimas enjuagaban mi espíritu.

¡No! ¡No quiero escribir más malos poemas de mis pesares, no quiero gastar tinta ni papel!
Quise quemar mis naves en este día soleado, pero la poesía se adueñó de las proas y me han dejado a ella anclado...

Vuelvo a ser yo, pero no soy ni Ulises ni Quijote ni Arameo, soy el Bucéfalo indomable.

¿A dónde van?

¿A dónde van los sueños cuando no se cumplen?

Quizás al color del olvido en las fotografías, a los paisajes imaginarios de los amantes, a los orgasmos solitarios de los solitarios, al viento que se enreda en los cabellos locos de quienes no cierran sus ojos para soñar.

Quizá naveguen en las cristalinas aguas que aún no tocan las pieles de los viajeros, o a los sarcófagos antiguos sin descubrir, a los espejos del tiempo, a las arrugas, a las pestañas.

¿A dónde van los sueños cuando no se cumplen?

¿Los echamos en baúles junto a retazos y vericuetos, hojas a medio escribir, cadenillas y anillos de hojalata?

¡Tratamos a nuestros sueños como bisutería barata!

Apología al error cometido

En defensa mía, dejo mis culpas que son de vosotros también;
como Pilatos, me lavo las manos... pues la vergüenza rubí de mi rostro no coquetea con el arrepentimiento. A fin de cuentas, la manzana prohibida estaba dulce
y mi mano izquierda sí vio la derecha.
Ya no sé si esto lo tenía que vivir o no.
Lo que sí sé es que en todos los escenarios de este teatro volvería a tomar el mismo papel.
No hay revés en el reloj.
He decidido ser el mismo grano de arena.

En la orilla de la hoja

Has grabado las calles de papel con tinta de odio.
Tu nombre oxidado, tu indecisión de olvido, tu llegar a nada.
Te espera una sombra que esculpe el agua, una raíz que riega la tierra,
una mañana que oscurece al alba.
Incesante, abrirás la flor que dejé en tu marchito pecho, el poema que escribí con la humedad de tu amor y como espada hurgará tus ojos y clavará el nombre que dejé en la orilla de la hoja.
Poco a poco, mi nombre te sabrá a llovizna, a café en la herida, a granizo en la mañana.
Me verás en la ciudad del recuerdo, emergiendo en tus ojos como penumbra,
y mi perversa luz se grabará de nuevo en tus pupilas.
Mas yo estaré navegando por el pensamiento de otra doncella, arrojándole semillas y miel, sembrando en su vientre infinitas mariposas, dejando mi nombre en la orilla de su boca.

Lienzo de carne

Se extiende sobre mi espíritu un lienzo envolvente que me une con los de este mundo.
Poliforme textura que alberga secretos para todo lo sentido y vivido de múltiples colores.
Aunque soy pintor de mí mismo, el pincel se reparte para quienes se atreven a dejar su impresión
sobre mí.

¡Curadores, sigo aquí!
¡La pintura aún es mía!

La tregua

Rotos los corazones, el odio sale al baile.
La percusión de los defectos vibra por doquier;
los que antes zapateaban al ritmo del corazón,
hoy se pisan y estropean.
Pero hagamos una tregua: quizá el encuentro polinice los labios,
acerque los cuerpos, nos vuelva a la danza.
Hagamos una tregua para que la hostilidad no triunfe
y el son suene a perdón.
Hagamos una tregua para volver a mirar de frente,
y que el rubor del rostro ya no sea de vergüenza
sino de inquietud por las manos juntas, los pechos aproximados, el vaho entretejido.
Hagamos una tregua y quizá
la pista musical de esta calle oscura y fría
no termine prontamente.

Bestiario

Me componen muchas bestias:

soy un mono que habla,
sagaz como serpiente,
astuto como el zorro,
manso como paloma;
rumoreo como sapo,
amo como perro,
trabajo como burro.

Soy el zoón que componen estas polis,
como afirmaba el peripatético griego.

Soy el animal que insulta al animal,
o quizá menos, porque devoro por placer.

Soy entre las bestias el rey
que me peleo el título de ser humano.

Migrar

Tímidos los pasos hacia adelante

Algunos lo llaman aventura, yo necesidad.

Una y mil vidas en trayectos de un aquí y un allá.

Entre dromedarios y coyotes

El movimiento cambia sus velocidades

dejando ampollas y hambre...

Y se quedan en la rivera los menos afortunados de la justicia
mientras yo sigo el irónico voyage.

Las miradas observan extrañadas

el tono de mi voz seca y el color de la piel manchada por el sol.

¡Zapatos rotos, ropas rasgadas!

Soy migrante de mi propia "civilización".

Turista sin destino, peregrino sin religión:

Desprecio y acogida juegan a las damas, el título de anfitrión.

Al partir

Al partir lo haré en silencio y descalzo, como extranjero de amargo sueño, agarrando la mano de la sombra del alba, embriagado del rocío de la flor nocturna, como incienso humeante que se extiende en los vértices del globo, como fábula de noche sin luna.

Dejaré en tus labios los fantasmas de mis besos y mi sexo en el encanto de tus sábanas.

Al partir dejaré mi nombre en el ocaso de la habitación, regaré las palabras en la alfombra, pondré mis poemas a media asta y, en la pared, colgadas las botas.

Saldré al abismo abrigándome los hombros con el gamulán de la eterna noche, esperando nuevamente la danza de nuestras almas.

Viaje azul

Soy la partícula en el universo
de una hoja seca, tirada al viento.

Marchita, incolora, sin aliento.

¡No sé cuál es el destino de este verso!

Viajo en busca de la semilla
que me devuelva a la rosa.

Caigo en el abismo, en la fosa
de la carne hecha arcilla.

El alma pide sonoro reposo,
y se quita las apretadas botas.

La lluvia trae vida en gotas
y grita un azul glorioso.

Los abismos inquisidores de la razón

Cruelles inviernos rondaban su corazón
y en sus ojos un bosque formó
que con gargantas de cenizas gritaron
al eco de la nebulosa razón.

Lo que el viento mueve en las arenas,
lo que la brisa lleva al mar,
un silencio navega por las venas;
un solo nombre por nombrar.

Levemente, lapidadores,
en la belleza de su ajuar,
los abismos inquisidores
a gritos han de rasgar.

Con sangre nebulosa entre las venas,
que con ceniza de garganta gritaron,
lo que el viento mueve en las arenas,
lo que las manos no agarraron.

Canta una nostalgia de llovizna,
y cae sobre el abrigo secreto,
las horas que en la hora tizna,
todo lo que se encuentra quieto.

¡Un solo silencio!
Un solo silencio
para turbar al silencio,
un solo nombre para nombrar
lo que la brisa lleva al mar.

Una brisa con neblina
apagó el faro de su memoria
desangrando del alma su aroma
y la piel hecha ruina.

Desesperado amor que no llega
sobre el tibio sueño que suspira,
y la penumbra que nos mira
con ojos que nos sorriega.

El verdugo pone fin,
y de nuevo echa a rodar su cabeza
que entre la gente tropieza
en busca de su Odín.

¡Vencedores!
los abismos inquisidores
se pasean por la razón
dejando sin colores
las ruinas del corazón.

Alucinación etílica

Una hoja blanca se pasea delante de mí.
Como roedor se esconde bajo la mesa donde tengo las aspirinas, los cigarros, una foto
desgastada por los años, un ajedrez solitario, el libro de Borges y otros vericuetos que
resumen lo que soy.
El reloj se detuvo a las 3:00 am.
No sé si el que me llama es el Cristo crucificado o el diablo bailarín.
Esas dos cervezas me hicieron daño.

Labor

Estar solo, en el sobrio deber del pensamiento, pesadamente cargado en la profesión de la soledad, no es más que el exquisito arte de danzar con las sombras del íntimo demonio de mi oficio.
¿Por qué seguir esperando que el día arroje mis hombros y me brinde su fuego?
El tiempo es demasiado ligero para encontrarse a sí mismo y darse cuenta de que hora tras hora, no se haya a nadie.
Hoy solo he hecho mal, no fui capaz de soportar la soledad, me refugié en el etílico sonido de la muchedumbre que espera apagar sus voces con las impresiones de neón.
Mi oficio es atragantarme de soledad y eructar silenciosamente; un cuarto oscuro, un hondo silencio nocturno, una gota aplastante, en donde se estremezcan las almas.
Laboriosamente moldeo las aguas amargas que cotidianamente navegan en sus pensamientos; los encadenados, los acompañados. Esos que quisieran soltarse para salir a danzar.
Esos se nutren de mí, y yo vomito en ellos.

Bajo la lluvia de septiembre

Las calles abarrotadas de miradas silenciosas, el universo en su eterno péndulo, acribilla las ilusiones adquiridas en los sueños, bajo la lluvia de septiembre.
Un dragón vomita humo mientras los niños de mejillas quemadas ofrecen sus ilusiones y desdichas por unas monedas; limpian los parabrisas, y los ojos se ocultan tras lentes de indiferencia.
¿Cuántos pasajeros invisibles en estas calles!
¿Cuántos perros comiendo como reyes?
El péndulo advierte al anciano que pronto se detendrá, mientras se atraganta de turrónes y desprecio y se pone el impermeable de la riqueza, bajo la lluvia de septiembre.
Viajo en aquel dragón y en sus vísceras; más pasajeros invisibles, tuertos, cojos, desposeídos y marginados.
Todos lloran alguna muerte. Todos, sí, llevan algo putrefacto, corrompido; la sangre corre por los ojos, mientras, el llanto desmaquilla a la doncella.
El viaje ha terminado, no hay otra canción que la que entona un dolor en sol mayor, bajo la lluvia de septiembre.

Descanso

La súbita noche;
con su gloria y alabanza,
transfigura el sol
en una danza
y arrastra su amargo fruto.
El cuerpo que se hace voz y palabra,
descansa sobre la sábana,
en silencio absoluto.
Se desprende de su ropaje,
la noche suaviza su viaje

Juego de canicas

Como galaxia,
ese cuadro lleno de esferas,
unas grandes, otras pequeñas,
blancas, coloridas y negras
¡Esperan!
Esperan quién las desacomode.
“Los changüitas, la caspa, las llavecitas, los nea”.
Rodillas en tierra, mejillas coloradas
y uno que otro moco en la cara,
apuntan con mirada de francotirador.
De uno en uno, golpes fugaces,
desatan la melodía
van dando y quitando esferas,
entre risas y combates,
alegrando la grisácea tarde,
en la empedrada calle,
los niños del barrio colonizan el universo.

Crepúsculos seculares

Prolongado del cielo al monte,
se encumbra la aventura,
en fino traje naranja,
el tapiz audaz en su arco
hecho de la sublime orgía astronómica,
coquetea con las estrellas extintas,
viejas ramas celestiales ajustan la hondura
del cielo abandonado por las aves.

Hay una visitación diáfana
de una muerte fermentada
que busca la espesura de su sombra.
Profunda el hambre que interroga las aceras
en las venturosas azucenas de la noche.
Los pétalos marchitos de alquitrán
perfuman unos labios que piden abrigo
en un jardín pavimentado de miseria.

El cielo se viste de naranja y noche,
el mendigo enrojece sus cataratas,
el hambre se cuela en el autobús.

Silencio

Dichoso en su ley
que impera
en la sabiduría,
la piedra y la hiedra
no pueden con él.
Quietud que mueve
la inteligencia
y estanca al poder,
vuelo de búho por su presa,
una tarde sin palabras
acuática Babel.
Alma venturosa
que arroja el laurel
que con gritos
muestra al villano aquel.

Un son de jardinero

Ha caído la noche, se apagaron
los faroles, qué extraña debe
ser la vida sin mujeres ni flores.
La noche canta para la rosa una canción de doncellas;
desnuda, hermosa al son de las estrellas.



Recuerdos y compañías

Tus labios

Soles rojos que en su adentro guardan perlas cósmicas.
Desde su centro de oro un pájaro de tierno fuego canta el rocío de la alegría.
Déjame tocar tus labios para abrir las mañanas, la aurora de los sueños, la tormenta y la calma.
Déjame besar tus labios y sentir la hoguera húmeda que riega los antiguos jardines de la vida.
Peregrina corriente es tu risa arqueada por tus labios, tus silencios flechas arrojados por ellos.
De tus labios nacen: la hoguera, el silencio, la alegría y la vida.
Pero yo solo quiero un beso.

Suenas niña

La noche me acompaña con su silencio.
Suenas niña deslumbrante entre mis parpadeos.
Mas tu aroma de fino vuelo acompaña mi sueño.
Suenas en la gota, la luna y el mar,
suenas como perla y mariposa
¡Suenas libertad!

Parpadeo

Te pienso delante del reloj, entre la copa y el vino, en la luz que se rinde
ante la sombra del llanto.
Te pienso a la orilla de un rayo que tortura, que detiene las agujas y me condena
a una eternidad ineludible.
¡La sábana del pasado se agita!
Se fatiga el verbo en los ojos que se apagan, me arrojan al abismo
de fantasías y fuego.

Sexo

Un jardín salvaje
yace con dos soles
desnudos a la noche.
Me invitan a hacer aire
entre un follaje abierto.

Rabiosa la selva de palabras rojas,
me invocan a la flor abierta
de su jardín inexplorado,
de su Edén sin pecado.

Ahora el Diluvio anuncia nuevas tierras,
pues las sábanas empapadas
tienen una nueva creación.

Soy dios sin tierra y sin lenguaje
Soy nada sin tiempo y sin ti.

Escape y salvación

Las rocas ahogadas del mundo forman tormentas sobre el río desbastado. Un canto de sepultura atraviesa de rodillas un cielo, acariciando los sueños de los edificios con vértigo de tiempo. Un rugido retorna al final del corazón, los ojos buscan la vela de ese mundo sagaz de súplicas que se sostiene en la mortal cruz, en la astilla del último suspiro. El alma de la historia no encuentra el lugar de las estrellas; el minuto es utensilio del cobarde; el odio, la estación del sentimiento. Mientras el hombre hace al hombre carroña de la historia y del tiempo, el silencio ha de ser nuestro escape y el beso, la salvación.

Ballet de flores

Mujer: son bellos tus aires y tu figura, un color juega fascinante en el jardín de tus ojos, y tu risa da al mundo un ballet de flores. Crece en ti un viento que ordena el tiempo. Eres el eterno suspiro en un leve día y el sol descansa sobre tu cabeza y hombros. La alhoja descubre su naturaleza en tus labios y el orujo se embriaga en tu piel. Me atrapó tu boca y nacieron flores en el silencio.

Pétalos rojos

La noche cae, y no veo la roja luna de tus labios.
El amargo trago de las horas se esconde en los pétalos deshojados del tiempo
y una semilla de granada endulza estos labios secos de ti.
No estás y ya te hice mía en pensamientos o, por lo menos, te dibujé en mis sábanas
con el néctar de mi cuerpo.
Carmesí textura perfuma mi pensamiento
y la roza de mi rosa me lleva a ti.

Pétalos rojos que se deshojaron con tu imagen
le dan vida a la nada.

Compañero fiel

Al can que me acompaña le debo mis afectos.
Húmeda nariz husmea mi alma sola.
No responde a mis conversaciones ni a las antinomias de mis asuntos.
Basta un gesto, seña o silbido y las palabras sobran ante tan fiel amigo.
Sincero de sí, come y hace cuanto quiere, mientras que yo divago entre lo que pienso y siento.
Ya quisiera ser yo como mi perro.

Quédate

En las huellas que abandonas en mis tierras.

En la orilla, al otro lado del río de tus ojos.

¡Quédate!

La lluvia amanece y te escribiré un paraguas.

Mis sequías hacen oasis con la reserva de tus besos, respirando bajo tus nubes,
calcando los mapas de tu espalda en los ramajes espesos de la noche de mis bosques.

¡Quédate!

El paisaje en mi horizonte se alumbra con tu nombre,
te llaman los pajarillos al canto de la mañana.

Tu fuego ya no imprime mi sombra.

Me está llamando esa música

Huye de mi silencio, con la canción de agua desbordada, las penas y la angustia.

Envueltos en girones armónicos los puentes de las guitarras me unen al celeste interior de este
encuentro.

Do re mí, fa sol la, si do re

Bemoles y sostenidos me liberan, hacen de mí un grito que se canta, un Apolo con su lira.

Sucumbo al naufragio de la muerte entre ritmos y letras, los tambores le dan vida a la muerte.

El canto de sirena me lleva a Ítaca.

Sonrisa

Nada me agrada tanto como tus labios cuando se arquean de entusiasmo,

cuando rompes la simetría del orden y te transformas en caos:

deshojando color y hechicería.

No puedo verte así sin imitar la expresión cóncava de la alegría,

danzando en mi interior al ver que ya no soy el mismo,

pues el ritmo de tu gracia se convierte en mi compás.

Espejo de mi sonrisa, alegría de mi alegría,

no abandones este baile que es la vida.

Besos arriesgados

Nombres improprios que entre mis sábanas
siempre creyeron que yo era el mismo
y ellas las únicas.

Adjetivos calificativos
de este sustantivo
sin usar en la oración
el verbo amar.

¿Caricias efímeras
o eternas?

La piel solo se descubre en la carne no descubierta,
y la pasión se encuentra en lo que llaman pecado,
con besos arriesgados.

En lo oculto las sombras viven a flor de piel
y reverdecen en los gemidos silenciados
tras las miradas que se observan
en los adoquines de la ciudad.

El sol se funde en la infidelidad del eclipse lunar,
pero somos silencio gritándonos de nuevo.

Labios usados y malgastados se reviven en los míos,
buscando auxilio de soledad.

Dame nuevamente esos besos arriesgados
que nos llevan al exilio del Edén
y nos marcan la frente en lo orgiástico del tiempo.

L'Aura

Aura, siempre te llevo en mi sangre, diste vida a mi vida, pusiste nombre a mi soledad en cada palmada sentida desde el vientre, mi respiración se sintió en cada eco de las habitaciones deshabitadas de mi alma.

¡Lo sabes! No es un reproche. Es admiración por llevar dentro lo que fue mío, lo que fue de nosotros y hoy no es.

Los montes y el frío nos recuerdan los abrazos que nos pintaban sonrisas y lágrimas.

Soy tuyo, aunque no me tengas. Eres mi día, aunque sea tu noche.

Me rodeas de tu color en la distancia del arcoíris.

Labial y pestañina

Róbame el carmesí de los labios y reclama la humedad carnal del desierto de los tuyos.

Róbame el fuego rojo que funde hierros sólidos.

Róbame la sonrisa y hazla tuya.

Róbame el color de aceite y cera que yo continuamente retoco ante Narciso sin caer al agua.

Róbame los pétalos del rostro y construye un jardín en tu memoria.

Pero no me quites la pestañina, no se necesita un mar, sino una gota para hacerla caudal negro sobre mi rostro.

Hagamos el amor y la noche

Palmo a palmo, piel a piel,
que las paredes de la noche ardan con fulgor en hogueras de silencios y jadeos.
¡Sé ardiente, sé agua, sé sed!

Esta oscuridad anda obstinada y sin vergüenza en la mirada planetaria, en el espíritu alterado
que engendra un sol en su largo gemido lunar.

Hagamos el amor como plantas que se enredan en los balcones y florecen en las calles solitarias.

Hagamos la noche en polvo que purga el aliento de la tierra.

Una mirada que en el dolor declina en placer como las dos caras de la misma moneda invocando
a Calígula y a Mesalina.

Hagamos el amor que la noche es cómplice y extiende su manto estrellado para los amantes
mientras que mañana la luz de día nos recuerde las caricias esta noche.

¿Quién eres?

Olfateo una tenue luz y me imagino la atmósfera de tu piel, encerrado en mi cuarto quitándome
la piel del olvido, añorando la voz resonante en el eco de la caverna mental.

Solo tengo tu imagen y tu nombre que aún no pronuncio cerca de ti;

bastaron leves palabras para crear conversaciones largas en las que creo que estás aquí conmigo
y se extienden hasta la vejez cumpliendo el mandamiento del Loco de Torino.

Ya te arropé y perdoné las faltas que no has cometido, pero no he sentido tu voz. Ya fuimos todo
lo que queríamos ser: Maldición o Bendición. Bastó una vez y te hiciste eterna aquí en la nada

Simples versos

Te escribiré un poema de simples versos,
sin cantar ni cantares,
sin antiguas cantigas o sonetos.

¡Ir al infierno para llegar al cielo! ¿Para qué?, si en tus ojos resucito y en tus labios muero.

De versos simples y profundos besos
está lleno este poema que escribo mientras te pienso.

Nada quisiera de la vida, solo que el viento me enrede en tu pelo
y escribirte un poema de simples versos.

Si no he de llegar yo a tu mirar,
¡niña de ojos tiernos!
Que por lo menos estos versos
tu corazón hagan palpar.

Hetaira

Mudanza de esquina en esquina,
labial rojo y medias negras,
el desvelo, la espera
para llevar el pan a la mesa.
Sus hábitos nocturnos
de collar y lentejuelas.
En la avenida es la reina.
Historias sin rostros ni nombres
en su piel de enciclopedia.
Pasiones grabadas por los hombres.
Princesa y puta, madre o abuela
Olvidada del amor del sexo que la espera.
Magdalena, tu oficio el más antiguo.
Mal visto por la casada que espera
al marido que contigo busca
lo que con ella no encuentra.
Tu cuerpo vale unas monedas
que no son de oro sino de pena.
Tu alma pura danza ante ojos enfermos.
¿Quién te lanzará la primera piedra?
Hetaira, la noche comienza.

Mónica

Tus ojos música de las constelaciones,
auroras de la arquitectura universal.

Como antigua reina egipcia, retratarte con pintura quisiera y dejarte en mi memoria estampada.
Que nazcan flores en tu silencio y dejen mis pupilas, dilatadas como estampa de manzanas grabadas en mi lecho.

Isla de las caléndulas, pómulos de ópalos y rojos labios.
Tu rostro destino del poema, tu figura el poema modelado por el gran escultor.
Armonizas las cantadoras aguas que perfuman la rosa de la vida.

Sofá

Un vuelo de dedos masajeadores irrumpen los plácidos muslos,
dejando una huella complaciente en su recorrido.

Cruje la madera; ella se acomoda para evitar lo inevitable. Como veloces rayos, estos dedos relampaguean en la carne virginal, sus ojos revelan los sonidos complacientes de sus deliciosos umbrales, esta noche la compostura se fue en un suspiro.

¡Comienza la ancestral danza de las miradas!

Ella disimula el vuelo de su pensamiento con un leve mordisco labial.

La larga hora mojada en licor pide a gritos la desnudez primitiva mientras que en su piel cae un trueno mojado desde los labios de su rival.

Ahora son cuatro manos que buscan los néctares carnales, un rígido cirio se enciende para engendrar las sombras de la vida en la hoguera salada.

Caen los ropajes y las penas, se enciende la música que abre la escena y las piernas, no hay espacio ni tiempo, se agota la palabra y se agita la luz.

Cruje la madera, crepitan los cuerpos, jadean las almas, formas repasadas por las manos, ahora los dedos no vuelan, se deslizan en ritmo placentero y sudor.

Centellan los ojos —llegó el momento— la atmósfera dilatada, espera la lluvia orgiástica de estrellas en el sofá.

Viejo amor

Ya no me enamora la piel estirada de durazno,
Ni ojos ni labios rojos restaurados por el arte en tu tocador.
Admito que la flor de tu juventud me arrebató como pluma al viento cuando te vi pasar.
Mas hoy que el tiempo ha labrado su escritura en ti y en mí, me enamoran los pliegues de piel
añeja que envuelven la gracia eterna de tu belleza.
Ahora que somos viejos y que la sencillez se hace más amiga de nuestra vida
donde los recuerdos de lo vivido se transforman en anécdotas, te amo más.
Solo en raras ocasiones como esta, Cronos no alcanza a cortar las alas de Cupido, sino que vuela
alto de sus afiladas garras anunciando el poder de este viejo amor.

Teoría

Trato de especular entre predicciones e inferencias el porqué del rubor de mi rostro y el mariposario de mi estómago cuando me hablas.
Lo torpe de mi comportamiento y el sudor de mis manos me hacen un caso digno de estudio que traslado hasta altas horas de la noche.
Acudí a razonamientos silogísticos, lógicos y cualitativos que retaron a la hipótesis a experimentos de ensayo y error hasta que la teoría se hizo cada vez más contundente:
comprendí “ockhamnicamente” que la explicación más sencilla al conjunto de fenómenos diversos que provocas en mí,
es que me gustas.

Comida de mentiras

Niña; de mi mano creciste y mis manos peinaron tus trenzas,
cantamos la canción del pan y las flores, y jugamos a la comida de mentiras,
visitamos las nubes de cristal
y el sol nos mentía a ambos.

Tu carita de luna y tus mejillas de ópalo rosado siempre alegraron la vida triste
de este poeta amargado.

Horas y horas juntos, contamos historias que nunca se han contado.

Mi ángel terrenal, mi lluvia de plata, mi bosque encantado.

Que más hubiese querido que no crecieras para seguir caminando a tu lado.

Hoy paseo solo por el parque en el que alguna vez jugamos.

El sol ahora miente y espero que a ti te siga alumbrando.

Solo me queda el recuerdo de tus manos y los manjares que soñamos
sentados sobre el suelo.

Caricias

Cada vez que me tocas los vellos, se izan como girasol buscando luz.

Cosquilleos telúricos se esparcen por debajo de la piel, provocando erupciones de humedad
que se abren camino desde las cimas hasta los valles de mi cuerpo.

Mis manos temblorosas se enredan con tu cabello dorado
y las caricias algodónadas de tus labios transitan territorios erógenos.

¡Ya las palabras no tienen lugar en el braille de los amantes!

Mentira

Miénteme y será tu culpa
tensa tu arco hiriente
al corazón frío apunta
la flecha de filo candente.

Miénteme otra vez, será mi culpa
por no querer más detenerte.
El alma al fin acostumbra
unir pena y gozo intermitente.

Besos de salva

Reserva esos labios banales
para quien no roza el alma.
pero bésame cuando te sientas vacía.

Lanza besos de salva para quien finge muerte
mientras que yo espero resucitar al tercer día.

Sé que pronuncias vocales cuando me besas
pues la boca no está quieta cuando la pasión se asoma.

¡Será nuestro secreto!
Reserva esos labios banales
para quien no te conozca.

Cuna del alma

Hay de durazno y de manzanas,
morenas y blancas, cuna del alma, cobija de huesos.
Allí donde duermen los besos,
los poetas terciopelo te llaman,
los escultores con arcilla te replican.
De lunares y pecas algunas se salpican.
La danza de dedos
en tí se convierte en caricias.
Historiadora de la vida, piel que se arruga y nos indica,
cuántas alegrías y desdichas.

Mujer / naturaleza

¡Mujer!
Cuánto deseo llegar a tus jardines,
por el camino que propones
lleno de girasoles y jazmines,
para cantar en un solo verso,
tiernas canciones.

¡Mujer!
De inviernos amargos y dulces abriles;
sed en mis labios
provocó tus encantos febriles
y un corazón en verano, que se hace otoño.

¡Mujer, se enredan los vientos
en tu cabello, imitando el ritmo
de tus caderas sibaritas!

¡Mujer, labios frutales, piel de almendro!
¡Eres lo más bello!
Contar quisiera tus lunares.
¡Y amarte de mil maneras!

Trinitario

I

Tengo que solicitarle un suspiro,
me acordé de su sonrisa y su cabello mojado,
de la toalla que sostenían sus hermosos senos.
Tengo que solicitarle un suspiro o robarle un beso.

La recordé apasionadamente;
sentada, gimiendo en mi alma,
recordé su piel maniatada al deseo.
Tengo que solicitarle un suspiro
o robarle un beso.

II

Proclamar la lágrima
como tormenta
a causa de tu olvido.
La tarde que te nombra
migra como ave en el universo.

III

Mientras hablábamos de Platón y otros filósofos,
nos fuimos enredando en charlas más personales:
los amigos, el color de las paredes,
la afónica voz que tengo desde los 30.
¡Como náufragos por el teléfono!

En la raíz del agua

Te escribiré un poema,
prestidigitador a medias,
sin relojes ni arenas.

Te escribiré un poema
en el abismo de tus pupilas,
en la nocturna pasión,
en la raíz del agua.

La flama del beso invocado,
el incendio de tus dedos sobre mi espalda,
de mis manos bajo tu falda.

Te escribiré un poema
claro, húmedo, misterioso.

Te escribiré un poema
con la danza de los gatos
sobre el tejado,
con los ruidos de los cristales condensados,
con el dolor de la hermosura,
con el amor de las rosas,
con el olor de la tierra mojada.

Pasiones

Sentir tímidamente tus besos
en el secreto de los amantes.

Cosquilleos eróticos
que no nos dejan en paz
hasta que se transgreda el alba
envuelta entre mis brazos
y el mundo se detenga
sin mirar atrás.

Temporal

Amo la lluvia que cae sobre mi rostro
Su cuerpo líquido refresca mi alma
Respiro en rededor la tierra húmeda
Y el frío duele como la vida
Las gotas son sinfonía que recorre el pentagrama
Y los charcos espejos de narcisos
La lluvia se abre paso entre agendas
Y obliga a muchos a reconocerle tras el cristal

Amo la lluvia que cae sobre mi rostro
Y el choque térmico de mis sentidos
Millones se abalanzan como meteoros
inocentes sobre las formas

Amo la lluvia que cae sobre tu rostro
Y el vaho profundo del amor vivo
Que sube al cielo para precipitarse
Nuevamente en este temporal



Recuerdos y compañías

La tarde

El sol se desploma sobre el horizonte
arrojando su festín de luces y sombras.

La mirada rapaz de las nubes
me advierte un arañazo
de lluvia en la espalda.

Me acompaña la soledad de los espejos
bajo el rayón naranja de la estela infinita
y una mujer se pasea por mi mente
como pluma por el cielo.

Amarga

Bebo para olvidar
amargamente
lo que es imposible olvidar.
Tengo el alma etlíca de suspenso y angustia.
Copa tras copa, sorbo tras sorbo,
sigue allí.
Y su sombra se burla de mi teatro.

Hay quienes beben con el ánimo de quien vive,
yo muero con el sol que se arroja al horizonte
y me embriago con el dulce de su amargura;
mi garganta se quema de palabras,
y es ella quien me refresca la existencia.

Como cariño de una noche,
como amante pagada,
mañana, será otra.
Hoy soy yo.

El arte de olvidar

Al camino del olvido
lo pisan memoria y razón,
a ritmo de triste canción
de rumbo desconocido.

En la guerra del corazón,
las lágrimas piden tregua.
Y disculpe que repita
(¡que no se trabe la lengua!),
habrá alguien que no admita
el olvido como perdón.

La paciencia del alfarero
lleva al barro a ser vasija,
y el fuego complementa
lo que en la mano inició.

Arte o don van al tablero
de la vida concreta.

No perdona al que no le importa ya,
sino el que tiene motivos para recordar.

El olvido es una gracia
que a pocos se les da
o aquellos que hacen violencia
para poner punto final.

Cita con la noche

Mi soledad, el color del viajero
Mi pena, poema que les doy
Muerte y mar tienen barquero
El mañana es un nuevo hoy

Acudo a la cita con la noche
Salto desde el quicio del sol
Mi poema se funde en el crisol
mientras la dama suelta su broche

El desamor pone sus colores
a los extraviados, huérfanos de amor
Es la hora de los soñadores
de la pupila hundida del pintor

Acudo a la cita con la noche
¡Soy extraviado del amor!

Noche

Pongo la noche como testigo de mis desfallecimientos,
de las fatigas en el cielo subterráneo,
de las imágenes en el muro de mi memoria.

El azar del silencio
envía la ruleta de los sueños
con nieve de ases y un sol insomne que los derrite.
A media luz, una bocanada y otra,
se cayó la taza de café y se derramaron las palabras en la alfombra.
¿Quién dará lumbre a mi desvelo?
Me bebo la noche sin azúcar.

Cotidiano revés

Es de mañana, salgo al mundo que invade mis pies.
El perro que ladraba mis pasos ya no está, un ruido de tacones me alerta; es aquella desconocida
que me ilumina con su indiferencia. Me puse el vestido del amor y me queda grande.
Hermano, hermana, oigo a cada rato esas palabras tan familiarmente comerciales, escritas en
hebreo o en griego dichas por un latino.
Busco dentro de mí y solo encuentro un aplastante frío,
las sumas se restan en un juego trivial del amor.

Décimas a la partida

Espectro del desierto
anunció el calor de mis besos
dejando fríos mis huesos
vigilante ambiente yerto.
En la noche me despierto
remordiendo lo que no fue
añorando lo que aparté.
La sed buscó este oasis
que de rápido éxtasis
tras su partida lamenté.

Despedida

Somos dos menos uno, en el nuevo día anoche fui tú, hoy somos despedida, lejanos besos,
lejanas caricias bastantes recuerdos; una sola sonrisa en la amarga saliva.

No sé si te quise, no sé si me querrás. Hoy solo está triste la soledad.

Como sueño ya despierto tu figura se borra de la mía.

Amargo recuerdo de tu vista en mi vista, con las almas amarradas por las caricias;
qué fácil se desenredan los cuerpos al dar la despedida.

Olvido

Prodigiosa lluvia
que en silencio humedece
gota a gota las arenas del recuerdo.
Martilla las aceras del pasado
empapando hasta las lágrimas.

Pavesas

Como leña al fuego,
la mentira al amor.
Yo, el comodín en tu juego;
la partida la ganó el dolor.
Se desprenden de mi cuerpo
pavesas de la pasión.
Por el aire, como incienso,
en la tierra ceniza sembró.

**Poema etílico
para sobrios corazones**

Hacer un poema apenas si es:
agotar los días y esperar la noche,
¡que suba la espuma por la garganta de vidrio!,
mientras las palabras caen sobre la hoja,
que sea velatorio o boda siempre en sanedrín o cónclave,
el poema espera su hora.

Consagrado por una doncella o deshojado por otros poetas,
siempre poema cae como gato.
De noche se pasea de lado a lado.
—Dejadme, aún no estoy embriagado —me dice el poema aquel.
¡Oh, poema! Tu embriaguez me libera,
pero pone trampas a mis pies. Nunca vamos a las carreras,
pero siempre fiel a las palabras poéticas
y las doncellas también.

Empalagoso durante el día,
depravado la noche espera
que el alcohol se apodere del poeta,
para así echarse a vencer.
¡Hacer un poema apenas si es!

De sales o dulces, grises y rosas
los poemas con dioses y diosas. De madrugada
como gatos se aparean con la tristeza y soledad.
¡Oh, tu embriaguez me libera!
A hacer un poema así con mis penas.

María y yo

Tu nombre fue María, me esperabas al mediodía en la escuela:

a tu derecha yo y a mi diestra la lonchera.

Vi rodar por tus mejillas las lágrimas de la desdicha.

—No toda alegría es amarilla —decías.

El zaguán se desbasta en la humedad de tu ausencia,

las raíces de tus caricias dieron fruto

cuando tus hojas partieron en el otoño de septiembre.

¡Te llamabas María!

Hoy no tengo lonchera ni mediodía.

Salgo a cazar tu voz cansada de domingo en el viento de los lunes y en el neón de los viernes.

¡Eras María!

Mi mar de diamantes, mi arrullo de luz, mi colcha de retazos, mi chocolate caliente de las tardes.

Tus cenizas ya no son de miércoles, sino de distante fogón, no miraste correr los niños que hoy

pronuncian esa voz.

¡Ahora un mármol lleva tu nombre, María, y desde entonces estoy sin ese mediodía!

El invisible

Deambula entre adoquines aquel de ropa hecha girones y zapatos rotos.

La cuenca de sus ojos como pozos infinitos busca ser llenada por la caridad.

Su traslúcida presencia se hace invisible al corazón de hierro:

siempre molesto e inoportuno para el deleite individual, reclamando un lugar entre comensales

hastados, extiende desde el alma la mano sucia pretendiendo tocar hasta la conciencia más

bizarra.

Su antítesis advierte nuestra tesis y todo glamur humano es denunciado como desmesura ante

este pobre invisible.

Iza la bandera de fique sobre sus hombros y se marcha a conquistar la esquina, el pedazo de algo

que pueda llamar hogar.

Dueño de la calle y de lo público, le acompaña una jauría de fieles amigos que comparte la suerte

y las migajas de las mesas llenas.

Eres el Midas de todo desecho humano, el invisible de la sociedad.

Declaración fallida

La moneda lanzada al aire cayó en cruz y yo esperaba el sello.
En el interior de mis sentimientos la apuesta estaba ganada, el crupier era mi cómplice y el azar,
mi verdugo.
Las palabras burbujearon hasta derramarse en el discurso de la declaración al receptor fallido y la
ilusión quedó en...
Que digas sí o que digas no, de eso dependerá el latir de este corazón.
Pero tanto, tanto fue el agua al cántaro que al final se rompió y en mil pedazos quedé yo.

Soledad

Desde las nubes una palabra muda cae hasta el delirio del tiempo enfermo,
arranca el sol engendrado ante nosotros.
Tu imagen cicatriz de la voz y el abrazo, asesina de la semilla,
del murmullo y la algarabía.
Fragmentas los segundos en horas,
en días profundos que brillan en labios desnudos y dedos sin manos.
Las hileras espesas de la sombra se agigantan en tu presencia.
Reposo mi sed en la luna fría, en el secreto oscuro de mi deseo,
en el despertar que anida tu sueño.
Partirás en la sombra que te dio a luz
y una nueva nube le dará voz a tu presencia.

El beso que derramó el vaso

Amor, ¿solo un beso —me dices—, cuando todo ha sido consumado?
¡Si te regalé la canción de la vida entera, si mi alma y mi cuerpo fueron tuyos días y noches, si
tengo dos ángeles de tu cielo!

¿Acaso no ves la lluvia que se posa en el cristal de la casa?

Ese beso derramó la tormenta en el vaso, y hoy solo hay lluvia sobre la mesa, y esos ángeles
esperan un paraíso que las ampare. Son las ocho y tu voz fue metal en el corazón, un porvenir
quizá no amanecerá pronto bajo las cortinas de la cocina. Soy puerto de paz, camino y destino
de aquellos ángeles que aún no entienden que son mortales.

Embriago mis lágrimas en vino portugués, y junto a un poeta desenredo los vericuetos de mi
espiral, de lo secreto, de lo innombrable, de lo inmortal.

La mesa está coja, pero habrá algo que la nivele, y la tormenta en el lavaplatos acabará con una
feliz despedida.

No hay tormentas que se formen en los vasos, sin lágrimas que lo rebosen, y no hay Roma sin
caminos que conduzcan a él.

Si la distancia entre mi hogar y tu beso es igual, ¿qué más da?

La lluvia que te regó ayer, hoy empaña mi mañana.

Un beso derrama el vaso, una lágrima rueda en una traición, y la lluvia lo confirma.

Marchita

El jardinero no supo cuidar su jardín, lo llenó de mala tierra y agua pasada, de corazas palabras y
lluvias ácidas, el color de la tarde cae en la armadura que pones para resguardar tus pétalos.

Los extraños pisotean tu arrabal con prejuicios incoloros y exigen siempre una sonrisa.

Marchita ya por las manos del jardinero que no supo hacer su labor.

Las espinas como espuelas, para defender a la flor, hieren.

Laceración

Mas lloran felices los días,
viendo la triste caricia
de la palabra que deja lacerada
la piel de quien la ve como premisa.
Yo nací del incorrecto lado,
entre vísceras y agonías.
No hay forma de ser
si no se vive de fantasía.
Los dolores encarnados
en el tuétano concedido
por la naturaleza de ser hombre.
Un animal sin sentimiento
de malas razones y profundas.
No laten los corazones
si las venas no irradian melancolía;
hoy mi pluma ha lacerado
mi piel con su amarga tinta.

Roble

Respiro y siento el olor a tierra y hierba en el lecho verde donde tus acuosos labios se juntaron
con los míos y la humedad de los cuerpos se hicieron uno con el paisaje.
Muchas veces he tenido sexo y pocas veces he hecho el amor como ese día bajo el roble donde
la libido se verbalizó en cruzados “te amo”.
Hubiera podido vivir la vida contigo desde ese día y consagrar con el rito estándar el amor ya
consumado; pero nos hicimos más grandes y el mundo más amplio y la univocidad del amor
migró a otros intereses que fueron marcando distancia hasta el punto en que nos reconocemos
como extraños.
Quisiera tener el poder del tiempo y hacer eterno lo simple y lo espontáneo del momento como
el de aquél viejo roble, testigo silencioso de ese amor que ya no está.

Aquí a oscuras

Aquí a oscuras, digamos “te amo”.
Allá afuera, el silencio cantará.
Aquí a oscuras, enrédame a tus piernas.
Allá afuera, abrázate a él.
Aquí a oscuras, lenguas viperinas
Allá afuera, la casada fiel.
Aquí a oscuras, intimidantes caricias.
Allá afuera, miradas de hiel.
Aquí a oscuras, aguas cristalinas.
Allá afuera, quemándote la piel.
Aquí a oscuras, con golosinas.
Allá afuera, sus besos sin miel.
Aquí a oscuras, en susurros digamos
lo que allá afuera no podemos gritar.
Aquí a oscuras, nunca despertamos
lo que allá afuera no nos dejan soñar.
Aquí a oscuras, lo que brilla
allá afuera en sombras quedará.
Aquí a oscuras, es nuestro trato.
Allá afuera, el hilo se romperá.
Aquí a oscuras, digamos “te amo”.
Allá afuera el silencio cantará.

Distintos

Sobre el árbol, el viento llama a mi silencio, sobre la tierra el agua lleva tu grito.
En la distancia, el paisaje esculpe un recuerdo, soy pasajero en tu memoria, caminante de viejas
cuadras, de portones cerrados y ventanas empañadas.
Dejo libre hoy tu luz prisionera que daba libertad a mis ojos, dejo en libertad tu boca y me hago
prisionero de tus besos vedados.
El agua de tus gritos no recorrerá más las islas de mi alma, no sentiré pasar tu río sobre mi cuer-
po.
Sobre mi árbol, el viento sacudirá las ramas de este amor y tu pasión será solo brisa en sueños
destruidos.
Siempre serán distintos viento y agua, aunque vayan en la misma dirección.

Mis cuatro puntos cardinales

En las horas étlicas que amamantan mi ser, las líneas del cielo juegan a deformar las aguas que
inundan mis ojos.
Brújula en mano salgo o salto en busca de nuevos puntos cardinales de un rumbo más
comprensivo o menos cruel.
Avanzo como entre olas de movimiento y luz, la puerta se cierra y el cementerio canta sus
nuevas muertes y me embriago de vida con un sorbo de luna agonizante. Un círculo me
encadena, me hace vomitar las horas del funeral, lanzando aquella brújula frente a la agónica
luna, con el reflejo del sol que hoy estoy velando.
La jornada comienza en el enigma de la herida, en la sorpresa de la noche eterna, en la sangre
que descansa sobre el cielo.
No necesito un Norte, el Sur me decepciona, el Occidente pesa y el Oriente me abandona; he
de irme de este mundo en fractales poéticos, en ramas musicales, burbuja literaria y en onírica
escultura.
Vuelvo a las horas étlicas a amamantar mi ser.

Uvas amargas

Me dieron un racimo de uvas amargas,
y mi ego se embriaga con tu voz.
El caballo suelto de sus amarras
galopa al precipicio que soy yo.
Locura o desamor, me llevan a sentarme
observando a la bailarina danzar con el poeta
mientras se ajustan las manecillas
de mi reloj.
La botella y la luna hoy cumplen una misma misión.
Despeinada, la luna refleja el rostro de mi amada;
enfurecida, la botella replica su voz.
¿Cuántas más uvas amargas? ¿Cuántas más heridas en el corazón?
Si hoy no siega el ciego ni riega el que sembró
y pongo alas a mi lecho y preparo mi rendición.
Seguiré atragantándome con este racimo
que me ofrece vino pero me entrega vinagre.

Castigo

De todos los castigos y de todos los tormentos
que merezco por mis afrentas,
la pena más alta es que me hayas hecho reo de tu indiferencia.
Juez pródigo de mis actos, escrutaste el *vade mecum* del dolor y la penitencia
y aplicaste la máxima para volver algo en nada.
¡Culpable, culpable!
Anticipaste la muerte con tu silencio.

Beso o cruz

Me enamoré de una magdalena, pero ella
no me acompañó a mi cruz.
¿Dónde están tus cabellos para limpiar mis pies,
y tus perfumes de mujer
para curar mis males?
Que me quiebre los huesos
la lanza de los besos
que salen de tus labios
con sabor a vinagre
Qué cruel es la oscuridad con frío
y este silencio sin luz.
¡Si ha de resucitar la noche en que te besé,
que no sea domingo sino viernes en la tarde!
Que juegue la suerte:
beso o cruz la moneda siempre cae.
Ambas son mi muerte.

Los colores del crimen

Entre mi soledad y tu alegría, llora el arcoíris del recuerdo,
se empaña la vieja ventana donde miramos muchas mañanas, y tardes sutiles.
La luna que nos espío, hoy solo alumbra tristeza.
Desciende el tiempo en su viejo mármol y clava con sus agujas los escombros de la pasión perdi-
da.
Hay un cadáver de relámpago que dejó su ruino en el balcón.
Los colores del crimen solo tienen un cómplice...
un lápiz que escribe soledad.

Trilogía de besos

I

Como gubia que da forma a la madera,
así tus besos moldean mi alma.

II

Todo me sabe a una gigante tristeza: el café, la mañana, la calle,
las horas que me separan de tus labios.
Definitivamente lo que le da dulzor a este amargo sentir
son tus besos que sigo esperando.

III

Una enorme sombra
embriagada de fuego
su huella dejó
en mi carne y huesos.
Embravecida, la noche
posó en mi boca
la llama de tus besos.
Hoy solo son sombras
las que arropan mis huesos;
ya no tengo la noche,
ya no tengo tus besos.

Ecos de besos

En ti pensando.
¡Ando!
En los fugitivos besos.
¡Esos!
Que en tus labios murieran.
¡Eran!
Los del amor y el fracaso.
¿Acaso,
mi destino sea morir?
Oír
como nace mi llanto.

Llanto

En un círculo de agua,
una gota vuela en busca de su raíz.
La vida es un espejismo, que se rompe
entre los ojos.

Esta casa

Las paredes crepitan a gritos de extrañeza.
Los gusanos del olvido corroen sus puertas de madera
que rechinan entre los dientes.
La humedad hace un croquis del mapa de la ausencia.
Las lágrimas de cobre en los grifos hacen eco en mis mejillas.
El zaguán implora las contagiosas risas...
Esta casa se cae por dentro...
...igual que yo.

Labor

Estar solo, en el sobrio deber del pensamiento, pesadamente cargado en la profesión de la soledad, no es más que el exquisito arte de danzar con las sombras del íntimo demonio de mi oficio.
¿Por qué seguir esperando que el día arroje mis hombros y me brinde su fuego?
El tiempo es demasiado ligero para encontrarse a sí mismo y darse cuenta de que hora tras hora,
no se haya a nadie.
Hoy solo he hecho mal, no fui capaz de soportar la soledad, me refugié en el étlico sonido de la muchedumbre que espera apagar sus voces con las impresiones de neón.
Mi oficio es atragantarme de soledad y eructar silenciosamente; un cuarto oscuro, un hondo silencio nocturno, una gota aplastante, en donde se estremezcan las almas.
Laboriosamente moldeo las aguas amargas que cotidianamente navegan en sus pensamientos;
los encadenados, los acompañados. Esos que quisieran soltarse para salir a danzar.
Esos se nutren de mí, y yo vomito en ellos.

Búsqueda

Ahora las calles son:
un rayo fugaz que ha dejado
la sombra de tu sonrisa, un espejo quebrado
He bebido el tiempo del vino,
que se convirtió en agua en las tinajas
de tu distante mirada.
Grité para encontrar tu eco.
Te busqué mientras escapabas en un silencio.
¡Qué bien suena tu nombre
sobre las páginas, sobre los sueños!
¡Qué bien suena tu nombre,
misterio encarcelado, lluvia desesperada!
¡Qué bien suena tu nombre
bajo esta luna loca despeinada!
¡Qué bien suena tu nombre,
canción de los mares!
¡Qué bien suena tu nombre
en verdades inalcanzadas!

Mente

Sentado en la orilla de mi pensamiento
ante el abismo de la inconsciencia
—vaivén pendular de locura y cordura—,
yo creo decidir mi propia suerte.

No es más valiente el que se lanza
ni más cobarde el que se queda:
¡Todo es perspectiva!
¡Ecos de distancias navegadas!

Mi voz rebota en ondas craneales.
Interpelantes palabras espectrales
como si yo fuera otro.

Y me río y me juzgo y me acepto.
Unas veces me tiendo la mano,
otras veces me arrojó a esta fosa
donde los hermanos se traicionan ante gatos.

Soy yo mismo hasta que el tiempo necio
haga de mí un extraño.
Algo de mí ha de quedar en la mudanza de mi piel mental.

Tedio

Pasa la vida en coro danzante frente a mis ojos,
intentando entretener cual circo a este espectador somnoliento.
Y me jactan sus monerías e intentos de plenitud.
¡Absurdo teatro hipócrita!

Hoy no quiero la felicidad musical de sirenas encantadas,
ni la promesa de mundos mejores,
ni el optimismo de los que no sufren,
ni el agua para sed,
ni el ánimo del que llega.

¡Prefiero la brutal dureza del vacío!
El pesimismo de Schopenhauer que redunda en realismo.
El amor fati a lo que no puedes cambiar,
...La nada al ser...

La soledad a la compañía,
el abandono al amparo,
el gesto yerto a la cálida caricia;
la fatalidad a la esperanza.
El silencio a los rumores de ideales,
la indiferencia a la mirada enternecida,
el marchito olor de la hoja muerta al perfume de irritante primavera.

Hoy corto el hilo en tensión,
apago la vela discontinua entre vientos huracanados.
Empujo lo que está al borde.
Hecho seguro a lo que está entreabierto.
Pago lo adeudado por la culpa
y me dejo hundir en este océano de tedio
hasta las profundidades de lo que, quizá,
mañana sea otra cosa.

Fin

Al llegar las últimas horas,
al aproximarse el último suspiro,
al cerrar el ciclo,
al concluir la tarea,
al declinar el ocaso,
al poner punto final,
al decir ¡Adiós!
¡Plenitud o muerte!
¡Plenitud o muerte!

Espina

Eso
me
pasa
por
andar
entre
zarzales.
No me
dolías
hasta que
te percaté
tan simple y
contundente:
¡Incómoda presencia
de tu ausencia!

